

El Teatro-Museo Dalí, resultado del afán obsesivo del artista por la investigación

Montse Aguer

Directora del Centro de Estudios Dalinianos

Revista de Girona, año L, número 222, enero-febrero 2004

Un espacio singular; un modelo museográfico basado en la concepción de un artista y en la voluntad de potenciar al máximo las posibilidades semánticas de su creación; una obra destacada, dispuesta de tal forma que aquello que aportan los conceptos y las ideas prima sobre el historicismo cronológico, brindando así una mirada distinta: esto es una parte de lo que podemos encontrar en el Teatro-Museo Dalí de Figueres y de lo que necesitamos para entenderlo. Al crear esta obra de arte total, este gran objeto surrealista o ready-made, como él mismo lo calificó en alguna ocasión, Dalí se desmarca una vez más de las corrientes en boga para idear un centro museístico que rebosa sugerencias, afirmaciones y provocaciones y que consigue despertar el interés de todos sus visitantes-espectadores.

El Teatro-Museo es el edificio que configura la estructura general de la creatividad daliniana y ofrece un recorrido por la trayectoria artística, pero también vital, de Salvador Dalí a partir de los planteamientos expositivos del surrealismo y del propio autor. En sus estancias podemos repasar toda la carrera artística de Dalí, desde las telas impresionistas, cubistas, puntillistas y fauvistas hasta llegar al surrealismo, a su época clasicista y místico-nuclear, a las obras relacionadas con los adelantos de la ciencia y a las últimas creaciones, de 1980 a 1983, en que Dalí recupera a los grandes clásicos, en particular Miguel Ángel y Velázquez. Aquí podremos conocer a un Dalí provocador, místico, escenográfico y apasionado por la ciencia, y también, siempre muy presente, al Dalí de la última etapa.

Ignacio Gómez de Liaño calificó este edificio de «teatro de la memoria», a semejanza del que ideara en el Renacimiento el humanista y hermetista veneciano Giulio Camillo, quien designa su teatro «con muchos nombres distintos; dice que es una mente edificada o construida, y también que es una mente y un alma con ventanas. Pretende que todo aquello que la mente humana puede concebir y que los ojos corporales son incapaces de ver puede ser expresado mediante unos signos materiales determinados, de modo que el espectador percibe al instante, a través de sus ojos, todo lo que, de otra forma, quedaría oculto en las profundidades de la mente humana. Y es por el aspecto físico que lo llama teatro».

La figura y la obra de Dalí son universalmente conocidas y reconocidas. Y para entenderlas mejor, resulta ineludible una visita al Teatro-Museo, en donde el artista concentró toda su riqueza artística y cultural y toda su sabiduría. Es este un museo que cumple, sin duda, uno de los objetivos de su creador: no deja indiferente a nadie y todos salen enriquecidos de él, como lo insinúa el propio pintor en el techo del Palacio del Viento, desde el cual hace llover oro sobre los sorprendidos espectadores, sobre la ciudad de Figueres y sobre todo el Empordà.

Con su imaginación ilimitada e incansable, el artista permite a los visitantes de este gran objeto surrealista entrever la existencia de nuevas visiones, de nuevos conceptos y pensamientos.

Obras como El espectro del sex-appeal, La cesta del pan, Galarina, Leda atómica, Pájaro putrefacto, Poesía de América —posteriormente rebautizada como Los atletas cósmicos—, Autorretrato blando con beicon frito o Retrato de Picasso dan una idea de la magnífica colección que se exhibe en el museo. Una colección a la que hay que añadir una gran cantidad de dibujos y documentos, todos ellos imprescindibles para profundizar en el análisis de Dalí, así como las adquisiciones de los últimos años: Muchacha de Figueres —óleo que el artista mostró a Picasso durante la primera visita que le hizo en París—, Composición surrealista, Carne de gallina inaugural, Guillermo Tell y Gradiva, Paisaje pagano medio, La apoteosis del dólar, La nariz de Napoleón transformada en una mujer encinta que pasea melancólicamente su sombra entre ruinas originales o Retrato de Laurence Olivier en el papel de Ricardo III; todos estos materiales enriquecen la visita y, especialmente, el recorrido por las etapas que hasta la fecha estaban menos representadas en el Teatro-Museo.

El proceso de creación del Teatro-Museo dio comienzo en 1961; el centro, finalmente, abrió sus puertas el 28 de septiembre de 1974, si bien todavía seguiría definiéndose hasta la muerte del pintor, en 1989, dado que Salvador Dalí no dejó de hacer nuevas aportaciones y cambios en sus salas hasta el último momento. El 27 de septiembre de 1974, un día antes de la inauguración oficial, el artista declaraba al Diario de Barcelona: «Voy a estar trabajando en él [el Teatro-Museo] siempre [...] lo que el público verá este año en el Museo no es más que una parte infinitesimal de lo que irá llegando y de lo que voy a aportar [...] O sea que lo que aquí ahora se verá no es más que un principio».

Actualmente, bajo la denominación de Teatro-Museo Dalí se engloban dos espacios museísticos:

- El primero es el integrado por el antiguo teatro municipal, una construcción del siglo XIX proyectada por el arquitecto Roca i Bros que sufrió un incendio y fue reconvertida luego en Teatro-Museo, según los criterios y el diseño del propio pintor. Este conjunto forma un único objeto artístico en que cada elemento constituye una parte indisoluble del todo, una creación del artista que debe ser preservada tal como él la concibió.
- El segundo se compone del conjunto de salas resultante de las sucesivas ampliaciones del Teatro-Museo, esto es: las salas pertenecientes a la Torre Galatea, adquirida en 1981, y las de un edificio anejo, comprado en 1992 por la Fundación Gala-Salvador Dalí, en las que se puede contemplar la colección Dalí•Joyas, proveniente de la Owen Cheatham Foundation. Las piezas de esta colección, que supuso una renovación en la joyería tradicional, fueron diseñadas no para ser comprendidas, sino para suscitar en el visitante-espectador una inspiración de tipo espiritual, y simbolizan la unidad cosmogónica del siglo.

El primer espacio es Dalí en estado puro; algunas de las estancias incluso fueron bautizadas por el propio pintor. Aquí podemos visitar, por ejemplo, la Sala del Tesoro (así llamada por su configuración, a modo de cofre forrado de terciopelo rojo, y por la singular relevancia de las obras que alberga), la Sala de las Pescaderías (espacio que debe su nombre al hecho de haber

pertenecido en el pasado al mercado de abastos de Figueres) o la Sala de las Obras Maestras, que acoge una parte de la colección privada de Salvador Dalí, con piezas de algunos de sus pintores favoritos, entre ellos Marià Fortuny, Modest Urgell, Gerard Dou, Meissonier, El Greco, Marcel Duchamp y Bouguereau. En el segundo piso del Teatro-Museo se pueden admirar asimismo varias obras de Antoni Pitxot, artista y amigo del pintor cuya familia mantenía antiguos lazos con los Dalí y que, además, colaboró en la construcción y definición del Teatro-Museo. En la planta baja se exhiben obras de Evarist Vallès.

Entrar en el Teatro-Museo es acceder a un escenario fascinante y formar parte de un juego propuesto por Salvador Dalí, de un sueño teatral. Algunas de sus salas polarizan las miradas de todos los visitantes, como la de Mae West: esta instalación tridimensional y anamórfica fue realizada a partir de un original del artista que actualmente se exhibe en el Art Institute de Chicago. Para ejecutarla, Dalí contó con la colaboración del arquitecto y diseñador Òscar Tusquets.

Y tampoco cabe olvidar, finalmente, la emblemática cúpula geodésica diseñada por el arquitecto Emilio Pérez Piñero. Con el tiempo, esta descomunal e impactante estructura reticular transparente, que preside el antiguo escenario del teatro municipal —sobre cuyas ruinas se erigió el Teatro-Museo Dalí—, se ha convertido en un elemento indisoluble del museo. Mención aparte merece también el patio central, correspondiente a lo que fue en su día el patio de butacas, con la instalación vertical formada por el Cadillac que hoy se conoce como el Taxi lluvioso; este patio de butacas del antiguo teatro es y representa una invitación a participar en una fiesta dionisiaca: la de nuestra visita al museo. La enorme escultura de la reina Ester, de Ernst Fuchs, que tira con sus cadenas de la columna de neumáticos, el busto de François Girardon y el esclavo de Miguel Ángel conforman, junto con la barca de Gala, el monumento surrealista más grande del mundo.

Añadamos a esta gran instalación las joyas diseñadas por el Maestro, los estudios para telones de fondo de ballet y teatro, los dibujos, los grabados y los numerosos juegos ópticos y descubriremos al Dalí polifacético y singular, al hombre del Renacimiento, a la vez escritor, pensador y filósofo.

Cada uno de los espacios y las obras del Teatro-Museo ejerce un gran poder de atracción sobre el observador y, por encima de todo, está envuelto de un halo de misterio especial. Por ello, los visitantes continúan y continuarán hoy y siempre haciendo cola a su entrada para explorar este inefable secreto que constituye el verdadero atractivo del genio, la esencia de su misterio. Dalí nos abre una puerta al mundo, y también al mundo del inconsciente.

El Teatro-Museo Dalí significa la proyección y la concreción de todas las ilusiones y energías creativas del artista y es el fruto de su obsesivo afán por la investigación. Baste recordar las palabras con que lo explicó el propio Dalí: «Es evidente que hay otros mundos, de eso no hay duda; pero como ya he dicho en muchas ocasiones, esos otros mundos se encuentran en el nuestro, residen en la Tierra y, precisamente, en el centro de la cúpula del museo Dalí, en donde está todo el nuevo mundo insospechado y alucinante del surrealismo».